

# A la sombra del Khan-Tengri

Juan José Cabedo Torres

Octubre de 2011

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

Vivo entre montañas que el sol enciende,  
y cuando me cambio de acera  
o cuando espero en el semáforo,  
camino de regreso a casa,  
levanto la mirada al cielo  
para respirar las sombras naranjas  
que la noche adelgaza.  
Hay un pulso de estrellas en mis sienes  
y un torbellino de planetas  
que abren pequeños poros en el hueso  
por donde el alma absorbe  
la fuerza misteriosa  
que se esconde en las rocas.  
Cuando amanece la luz me da forma  
de criatura del aire encerrada  
en la gravedad de las cosas.  
A mediodía resido en la hierba  
y en la corteza de los robles  
como un aullido incierto  
que quiebra el rostro de la noche.  
Al atardecer, sin embargo,  
soy la arteria de un árbol,  
o un esqueleto relleno de plomo,  
o quizás un cerebro consumido  
en las papeleras en llamas.

## 2

¿Dónde empieza la cicatriz azul  
que separa el cielo y la tierra,  
dónde acaba, dónde se abre la grieta  
de la que emana lo invisible  
como un genio maligno  
que devora el cerebro  
de los escritores malditos?  
La tierra tiene labios que acarician  
las cejas de las nubes  
y unos dientes blanquísimos que ascienden  
sobre la arista de la sierra.  
Cierro los ojos a la noche  
y escucho con el pecho  
el latido de la sangre vertida  
en la cabellera sin agua  
de la luna de invierno.  
Abro los ojos a la aurora  
y escucho con la frente  
el brillo agazapado  
de las constelaciones  
mientras abajo rueda dulcemente  
el corazón lejano del planeta.

### 3

A veces se me resbala la vida  
como si fuera entre mis dedos  
el huevo de una larva.  
Yo me miro las manos donde crecen  
raíces de silencio  
e innumerables alas  
donde la tarde puede recostar  
su frente abandonada.  
Tú te ríes dentro de mí, feliz,  
como si me habitaras,  
y al marcharte te dejas olvidada  
la plenitud de las almenas,  
el gozo del reloj,  
el tañido de las campanas,  
una mirada de ensueño que borra  
la identidad de los olivos  
y esa sombra que desvanece  
el engranaje irreal de los sueños.

## 4

A estas alturas, por dónde andará  
la primera versión de mi alma.  
Yo la busco entre las raíces  
recién desenterradas,  
en la flor del almendro,  
en los libros de divinas palabras  
y en la sonrisa de las muchachas.  
A veces se me instala  
un dolor vegetal  
en la base del cuello  
mientras la sangre fluye  
con un ímpetu siempre nuevo.  
A veces me desdoblo  
en innumerables demonios  
que avanzan en silencio por la acera  
como muertos vivientes  
cogidos de la mano.  
Sé que el sol se levanta  
para hacerme saber  
que estoy hecho de tiempo,  
que soy un paréntesis de conciencia  
sobre unos campos yermos  
sembrados de esqueletos.  
He visto sabiduría en mis ojos  
y un aliento en mis huesos.  
Eso es lo que sé, y poco más.  
Ah, también sé que la locura  
es un ángel que ha perdido las alas  
en la inmensidad de las azoteas,  
que ha bajado a la calle  
y anda preguntando en los bares  
si alguien por casualidad no habrá visto  
el resplandor de su aura.

## 5

Yo creo que mis huesos están hechos  
al cincuenta por ciento  
de un murmullo muy tenue  
y de luz silenciosa  
que va de dentro afuera  
como un molde incompleto,  
como un dulce alarido  
que abrasa las gargantas.  
Camino con cuidado  
de no borrar el rastro  
del que se asomó al borde del abismo  
y prefirió volar  
antes que entregar el cuello  
a las bestias imaginarias  
que pululaban por sus sueños.  
A lo lejos se incendia la llanura  
mientras desde la aurora avanza  
el vuelo de unos labios  
que recibo en la cara.  
Despierta, me dicen las manos:  
Todavía queda un poco de tiempo  
para abrazar la madrugada.

## 6

No sé si los poetas  
miran el mundo con pupila de ángel  
o si en realidad caminan cegados,  
como todos, por una luz intensa,  
por el fulgor que emanan los portales.  
Yo, por si acaso es cierto,  
siempre llevouna luna sobre el hombro  
y algunas hebras de tristeza  
tejidas en los huesos.  
A veces detengo el paso y recuerdo  
el sabor ácido de las cerezas  
o la curva que traza el río  
justo antes de llegar al delta.  
A veces me pregunto  
si cesará algún día  
el temblor de los labios,  
si algún día se irá el desasosiego,  
si entonces se me cerrará la herida  
donde crecen los árboles de sangre  
y ese moho verde que me envenena  
lentamente la vida.

## 7

El río se incendia en la noche  
como una lengua de plata que lame  
el corazón que alberga  
un verano extendido de jazmines  
donde se ha detenido el tiempo.  
Amanece en silencio  
sobre el vientre azulado de la tierra.  
La luz se comba en cordillera  
y se va haciendo espuma  
entre mis manos que acarician  
la delicada nuca de la brisa.  
Entonces se derrama desde el cielo  
algo de la sabiduría eterna  
y un poco de amor infinito.



## 8

Algunas cicatrices atraviesan  
el rostro del recuerdo  
como la columna vertebral  
de un animal dormido,  
como ese rayo de luz que se enhebra  
en el dorso de la memoria.  
Algunas heridas despiertan  
la negrura del alma  
y el ansia del abismo,  
donde todo parece  
apacible ceguera  
y descanso infinito.  
No es fácil entender a veces  
las bromas del destino  
ni recorrer la senda  
ligero de equipaje,  
silbando canciones improvisadas  
con las manos en los bolsillos.  
La vida es un don, quién lo duda,  
y un acorde de nubes  
que resuena en la tarde.  
La muerte también es un don.  
Si alguien en la otra orilla  
me deja elegir la próxima vida  
le diré que ya está bien de ser hombre,  
que prefiero regresar como arroyo,  
como raíz de sicomoro,  
como arista de granito en los Alpes  
o como ese pulso constante  
que late en las arterias de la aurora.

## 9

Nadie me cogerá la mano  
y llorará sobre mi cuerpo  
cuando la sombra que me ha acompañado  
durante tantos años  
se despida de mí  
y se confunda con la hierba,  
cuando la voz se desprenda del labio,  
y mis dedos cansados  
de intentar atrapar  
el aliento del mundo  
sean un haz de luz hacia el ocaso.  
Un día, a su debido tiempo,  
entornaré un poco los párpados,  
giraré las pupilas hacia dentro  
y allí me quedaré,  
recostado en mi reino,  
inventando historias y contándomelas  
para pasar la eternidad,  
si es posible, leyendo y escribiendo.  
Dios, si no está muy ocupado,  
me cogerá la mano,  
y tirará de mí,  
o si no me enviará  
alguno de sus seres intermedios.  
O a lo mejor tengo que dar pedales  
solodurante un buen trecho.  
No lo sé. Supongo que moriré  
como he vivido, suspendido  
de su pupila y de su aliento.  
No, ni siquiera creo que yo lllore  
sobre mi cuerpo muerto.

Yo era un niño que cerraba los ojos  
para parar el tiempo  
hasta que me di cuenta de que el mundo  
giraba ajeno a mis deseos.  
Desde entonces tengo dos o tres dudas  
sobre la magia de mi pensamiento.  
Hoy, que he dejado de ser niño,  
-al menos visto de perfil-,  
abro los ojos para que la luz  
penetre en mi cabeza,  
y, si es posible, descienda hasta el pecho  
y me vaya desdibujando por dentro  
un paisaje en el que me reconozca  
como cuando me miro de reojo  
en los escaparates o en los charcos.  
Por razones desconocidas,  
el mismo resplandor que me deshace  
me reordena los huesos.  
Hoy por hoy me da igual  
abrir los ojos a la realidad  
o volverlos hacia los sueños;  
al final siempre me tiembla en los labios  
el afán de marcharme al otro lado  
o simplemente de salir corriendo  
para coger el autobús o el metro.  
Así que camino por las aceras  
como por un glaciar inmenso  
y cuando inspiro el aire de la tarde  
inhalo al mismo tiempo  
la vibración del cielo.  
Por lo demás, acudo a mi trabajo,  
ayudo a cruzar la calle a los viejos,  
resuelvo el crucigrama  
y cuando aprendo algo  
lo uso para mí y luego lo dejo  
al borde del camino,  
por si a alguien le sirve para tapar  
un agujero del zapato.

Traigo un tacto de olivo en la cintura,  
la caricia del trigo  
en la piel de los brazos  
y un gemido de nieve en la garganta.  
¿De qué oscuro rincón de la memoria  
emerge la voz que me va royendo  
hasta ahuecarme el alma  
y dejarme el corazón en los huesos?  
¿Por qué será que nunca quepo  
en los límites de mi cuerpo?  
Yo creo que los días pasan  
para que me acostumbre a ser  
palabra descarnada,  
lágrima vacía de invierno  
y un surco abierto donde el tiempo arroja  
la semilla sutil e ingrávida  
que germinará cuando me haya muerto.

Hay gritos que emergen del pecho  
como un bosque de árboles negros  
y lágrimas que nacen con violencia,  
como rocas que brotan entre el hielo.  
Recuerdo haber sentido la presencia  
de los labios rosados de la aurora  
y haber vislumbrado en el cuello  
un patio luminoso  
donde la soledad despliega  
sus alas de silencio.  
Recuerdo haber palpado  
la vida abierta como un vientre  
y el agua que manaba  
del corazón dormido de la tierra.  
Había también jazmines  
y la rama de un limonero  
suspendida en la superficie verde  
y tersa de la alberca.  
Recuerdo el temblor del sol en las hojas,  
y esa frágil inconsistencia  
que se posa en la almohada de los sueños  
cuando se abren los ojos sobre el hombro  
para medir las huellas en la arena.

La mirada se eclipsa  
en el rumor amarillo del viento  
y vuelve a la pupila  
tras rozar brevemente  
el aire que han movido las pestañas.  
La tierra, por su parte, abre la boca  
al dolor que forma lagos de estaño  
en los sótanos, en las puertas  
y en el envés de los espejos.  
El tiempo hace una curva  
cuando se trata con los sentimientos  
y se vuelve fisura  
entre las membranas de los segundos  
para que mi mano dibuje  
un afán inconcreto, y un deseo.  
De este viaje me interesa el camino.  
Ya llegaré a la venta donde espera,  
sentado en una albarda,  
el guardián de mi puerta.  
Sólo es cuestión de tiempo.

A veces un pequeño roce  
me desvencija el alma,  
que cae desgoznada a mis pantalones  
o al cajón de un viejo bargueño.  
Entonces, como Dios no ahoga,  
aunque a veces apriete,  
se me desgaja de un hueso secreto  
una voz delgada e ingrávida  
que se me posa en el hombro y susurra  
viejas canciones que hablan  
de piratas, de cofres de diamantes  
y del reino secreto de las algas.  
A veces, en verano,  
para equilibrar los extremos,  
se me rinde la tarde  
y ese olor de naranjas  
que me habla en silencio y me dice  
que, además de ser hombre,  
soy luna de marzo, perfil de roca,  
rostro de agua, raíz de noche,  
y posiblemente el brillo azulado  
que tiembla en las estrellas  
cuando la luz del sol se vierte  
en otros horizontes.

Todo cuanto existe es sagrado,  
todo cuanto es, es necesario.  
Se ve que hoy necesito  
ideas simples y rotundas.  
Continúo, por tanto.  
Si es verdad que el cuerpo es sagrado  
no hay en él un río negro de aceite  
brotando de un hueso escondido  
ni lunas que cercenan el cerebro  
con malvados resortes,  
tampoco diabólicos mecanismos  
diseñados para extirpar la vida  
como si fuera un cáncer en la axila.  
Entonces, si el alma es sagrada,  
no hay arcángeles desplumados  
dirigiendo sus pasos invisibles  
hacia el abismo donde crece  
la flor de la desesperanza,  
ni adelfas putrefactas  
que ciegan la garganta,  
no hay candelabros invertidos  
ni reflejos obtusos,  
no hay nieblas como espadas,  
no hay nada en el fondo del vaso  
salvo el espejo que deforma  
el contorno del rostro  
y la belleza de los ojos.  
Debe ser que hoy lo veo todo negro.  
La vida es sagrada, como sagrado  
es el aliento, la frente, la espalda  
el pubis, el veneno de la víbora,  
el cráneo, los huesos,  
el aire, la venganza.  
Lo que yo digo: que todo es sagrado.



La tarde declina en un mar de sangre  
por el que navegan sin rumbo  
las nubes del ocaso.  
Cierro el libro y me agarro  
a la raíz del árbol,  
apoyo la nuca en el tronco y pienso:  
A ver si hoy tengo suerte y me conecto  
para que la savia me muestre,  
a través de misteriosos conductos,  
cómo engendra la luz dentro de mí  
el contorno vibrante de las cosas.  
Desde aquí puedo calibrar con calma  
la curva del magnolio,  
el sol de octubre en los membrillos  
o el perfil de los labios  
donde crecen jardines submarinos  
entre los pecios de un naufragio.  
El pulso se acelera, y en el pecho  
la sangre se vuelve arrumaco  
o semilla de un horizonte  
cada vez más quebrado.  
Poso la mano en la hierba y escucho  
el galope creciente de la vida,  
los pasos silenciosos de la muerte  
y la melancolía que desprende  
esa flor que se inclina  
para crecer hacia la claridad  
que entra por la ventana  
como un don más del cielo.

En el temblor del labio se humedece  
la corteza mineral del olivo.  
No hay óxido en los huesos  
ni rótulas mecánicas  
en la piel de las manos,  
no hay raíces de hierro  
en el seno de un corazón que mece  
el tiempo suspendido de la aurora.  
Es una cuestión de punto de vista.  
No hay grasa en el alma  
ni tuercas en los dedos,  
no hay arroyos de esperma en las acequias  
ni inspectores de alcantarillas  
que investiguen los sótanos,  
a no ser que creamos lo que dicen  
los poetas alucinados.  
En la vida yo veo  
girasoles abiertos,  
el perfil luminoso de la sierra  
y vacas que mugen de amor  
en las verdes tardes de primavera.  
Cuando miro veo cómo la brisa  
se enreda en la cintura  
cómo palpita la hierba en enero  
y escucho con los ojos  
el dulce lamento de los amantes  
que dejan en el lecho  
dos espaldas dormidas  
y una silueta de niebla y ensueño.

Tengo un esqueleto de lana  
por si llega de improviso el invierno,  
un traje de verano  
y unos huesos de luna  
que brillan en la noche  
como el casco de un barco  
varado en los esteros.  
Por lo demás, navego sin sextante  
por donde quiere el viento  
aunque intento reseñar con cuidado  
las derivas, los faros,  
los bancos de arena, los arrecifes,  
el canto enamorado de sirenas  
y el aullido despechado del cíclope.  
Alargo las pupilas  
como una inmensa mano  
para acariciar el rostro invisible  
que descansa en la aurora  
y el tronco de los árboles  
que crecen de costado.  
Apenas rozo la piel de la vida  
y ya camino con mis pies alados  
sobre el fondo de un mar  
permanentemente soñado.

Las heridas arraigan  
en el terreno sin tiempo del sueño.  
Las cicatrices, por su parte,  
prefieren aflorar  
en la delgada membrana del alma  
como el rastro quebrado  
de un deseo inviolable.  
«Elimina en anhelo  
y no habrá sufrimiento.»  
Quien habla es Marco Aurelio,  
que se expresa con lógica  
de ecuación matemática.  
Yo espero que algún día  
alguien me diga quién instaló en mí  
el afán de expandirme  
más allá de los límites impuestos,  
de dónde procede la rebeldía,  
por qué no me conformo,  
por qué más bien me desespero.  
«En la vida sólo se aprende  
a sufrir en silencio»,  
dice Van Gogh, que pinta  
un campo de trigo y unos cuervos.  
Luego amartilla la pistola,  
se busca el corazón y se dispara  
en el hueco que le han dejado,  
al emprender el vuelo,  
el aire, la esperanza y el sosiego.  
A base de yunque, forja y martillo  
la vida va doblando los remaches  
para que mi cuerpo entre en el hueco  
que tiene perfil de alondra, o de albatros,  
o de cuervo: dos metros por dos metros donde encontrarán  
cumplido acomodado  
mis sueños, mis deseos, mis anhelos.

Hay días que susurran  
como un rezo de monja  
y otros que crujen  
como las grietas del glaciar  
cuando llega el verano.  
No he aprendido aún  
a despertar de su alucinación  
a la sangre entregada,  
a caminar con pies de plomo  
por el contorno del cerebro  
ni a leer de corrido  
las señales del cielo.  
Pierdo con facilidad el sosiego;  
quizás por eso apenas he llegado  
a una ciudad donde nadie me espera  
ya quiero irme a otro sitio  
donde, me digo, la gente conoce  
mi nombre y en la chimenea  
borbotea un puchero.  
Quizás por eso es difícil  
divisar mi perfil  
entre tantas personas  
que utilizan el codo  
para que nadie les invada el hueco  
en el vagón del metro.  
Quizás no haya más cera que la que arde,  
quizás deba dudar de todo  
excepto de que estoy aquí viviendo  
a solas con mis pensamientos,  
quizás debiera relajarme un poco  
y no tomarme tan en serio.  
Esto que te ha puesto tan trágico,  
sólo ha sido una broma,  
dice el Ángel Risueño;  
luego te pondremos la grabación  
para que te rías un rato  
con las tonterías que has hecho.  
Si algo me enseña el tiempo  
es a poner cara de haber ligado  
un ful de ases y dieces  
cuando las cartas que sostengo  
en la mano tienen la consistencia  
del aceite que baja por el brazo,  
forma a mis pies un charco

y se aleja despacio  
por algún sumidero  
que debo tener en la espalda  
porque yo, la verdad, no me lo veo.

No hay silencio en la niebla,  
sólo un blando sollozo;  
no hay música en la nieve,  
sólo un aullido oculto  
entre los pliegues de las nubes  
y el clamor desgarrado de la roca.  
Por la mañana el aire se desdenta  
con forma de magnolia;  
a veces, por la tarde,  
el tiempo se cimbreo  
y descansa en el suelo  
como fruta madura  
donde anidan las manos  
y picotean los gorriones.  
No hay llagas en la piel de los amantes  
ni barro en los zapatos  
de quien late en la arena  
como niebla, como raíz de bruma,  
como la luz que inunda los manglares.  
Cuando llega la noche  
sólo queda en los dedos  
un delicado candor que se orienta  
al corazón silente de la aurora  
y la vibración que deja en el aire  
el hueco de las sábanas  
donde han dormido los amantes.

A veces, en mis fantasías,  
viajo en un coche verde  
hacia la embriaguez de la madrugada.  
Recuesto la cabeza en el asiento  
mientras fuera los insectos arañan  
la mejilla nocturna del asfalto.  
En el asiento izquierdo, una muchacha.  
Viste con elegancia.  
A mi derecha, un señor con chistera.  
Sus piernas, demasiado cortas,  
no le llegan al suelo.  
El coche se detiene en un semáforo.  
Una lluvia de lágrimas  
humedece el parabrisas trasero.  
Bajo el cristal y miro:  
Hay flores en la esquina de la casa  
y un limo que no filtra  
el llanto de los niños.  
La muerte abre la puerta  
y me ofrece su brazo.  
Saludo a mis compañeros de viaje  
y me alejo danzando  
por un paisaje árido de ceniza  
y ligera desesperanza.



Hay huellas en la arena  
y una nube muy fina  
que rasga la pupila  
y desdibuja la ceja del cerro.  
Las islas tienen párpados de espuma,  
labios de lava y un silencio  
que se imprime en el alma  
como el eje de abscisas  
de los lejanos archipiélagos.  
Camino por el borde del abismo  
para que el viento moldee mi cráneo  
y le dé forma de noria a mis huesos.  
De momento resisto  
la tentación de abrir las alas  
y levantar el vuelo.  
Si lo hiciera supongo que los ángeles  
impedirían que llegara al cielo.  
Mientras tanto el diablo  
me observa, enarca las cejas y ríe  
acodado en la gárgola  
de la catedral galáctica  
donde bailan a su aire  
las hojas arrastradas por el viento.

Ahora que sé cuánto fracaso  
y cuánta victoria cabe en un cuerpo,  
no sé si quiero por mortaja  
el cuerpo que tuve de niño  
para volver con él  
al útero blando y sin tiempo  
o si prefiero que me envuelvan  
en esta piel donde la vida escribe,  
con tinta invisible y dientes de hielo,  
sus jeroglíficos indescifrables.  
A estas alturas ya no sé  
si el amor es la esencia de algo  
o es un invento del demonio  
para tenernos ocupados,  
no sé si a lo que llamamos verdad  
no es sino una costumbre,  
no sé si nos amamos con palabras  
o nos arrojamos los labios  
afilados y duros como un límite.  
Ignoro si las almas son porosas  
o están tapiadas a otras almas,  
si lo que nos une es el miedo  
y los corazones palpitan  
y navegan cada uno por su lado.  
No sé si los rayos de luna  
me marcan en el rostro cicatrices de sombra  
donde la luz se alarga  
o se trata de otra alucinación  
de mi cerebro trastornado.  
Sólo sé que lo que yo busco  
está en algunos libros  
y en las montañas que se elevan  
como pirámides de bruma  
hacia un lugar sin límites  
donde habita el espíritu  
y, es posible, que también el olvido.

La luz tiene un reverso  
donde habitan los ángeles crueles;  
son los guardianes del centeno  
que germina despacio  
en el interior de mis huesos.  
Hace tiempo que estos ángeles saben  
que yo sólo he crecido en esqueleto.  
El mar asciende de la bruma  
y se hace una línea delgada  
en su intersección con el cielo;  
luego se concentra en un punto  
que se disuelve despacio en la nada.  
Entorno los ojos y las pupilas  
se vuelven táctiles como unas manos  
que navegan sin rumbo  
por el hemisferio sur de mi cráneo.  
Las raíces cuelgan inermes  
de las ramas y las estrellas  
son espuelas doradas  
que caen de las almenas.  
Se acerca al galope un jinete  
que se detiene y me susurra  
que tras él cabalga la muerte  
disfrazada de almendro.  
Mientras tanto, los montes se levantan  
en la periferia del sueño  
como una marea de piedra y hielo  
que las nubes derraman,  
como una llovizna de barro,  
sobre la piel dormida de la tierra.

Me gusta tumbarme en la nieve  
y escuchar con la nuca  
cómo crece silenciosa la hierba  
bajo la tierra helada.  
Me gusta leer las palabras  
escritas en las hojas  
alargadas del sauce,  
extender las pupilas  
y acariciar con los ojos del alma  
el mensaje que ha escrito el tiempo  
en los pliegues del tronco.  
Más allá de las ramas  
el aire ha dibujado un hueco  
para que descifre el misterio inscrito  
en los petroglifos del cielo.  
Sigo con la mirada  
la sombra de la nube en la ladera  
y siento en los huesos  
cómo late en la tarde  
el corazón dormido de la tierra,  
cómo un sol siempre nuevo  
se derrama sobre ella  
como un aroma que se incendia  
en árbol, en piedra, en río,  
en pluma caudal, en perfil de sierra.  
Inspiro el mundo y pienso  
que yo también soy cobre mineral,  
barro rojo, cristal de cuarzo,  
manto de agua y esa irisación tenue  
que deja sobre el prado  
el vuelo intermitente de la abeja.  
En este mediodía de septiembre  
me purifica como un fuego  
el dolor de estar vivo  
y la certeza de que yo también  
me marcharé algún día  
hacia otros aeropuertos.  
Si tuviera un espejo y me mirara  
con los ojos girados hacia dentro  
podría ofrecerte el retrato de mi alma:  
mirada limpia, espíritu despierto  
y una simplicidad madura  
que casi, casi, es inocencia.

Mi vida se compone apenas  
de un hilván de fragmentos  
dispersos entre capillas en ruinas  
donde el recuerdo se disfraza  
de hiedra, de espadaña,  
de sombra de luna  
o de los ojos verdes de la muerte.  
Yo recojo uno a uno  
los trozos dispersos,  
los estudio, los anoto en mi cuaderno  
e intento averiguar,  
siempre con dudosa certeza,  
que soy quien soy y no algún otro  
que paseaba por allí cerca  
y, mire usted por dónde,  
tuve que prestarle el aliento.  
Luego, tranquilamente en casa,  
consultaré estas notas  
para verificar que mi memoria  
no está llena de homúnculos  
inventados por mi cerebro.  
Menos mal que el corazón se me ensancha  
para que lo habite el asombro,  
menos mal que se me cimbreo el alma  
como un ala que cobija en su seno  
algo de la inmensidad de la tierra.  
Cuando la tarde esparce  
la paz de Dios sobre la tierra  
me agrada pensar que se acerca el día  
que deshará el contorno de mi cuerpo.  
Si saben guardar un secreto  
les diré que ya empieza a apetecerme  
ser arena de duna en el desierto,  
guijarro humilde, bramido de ciervo  
o esa luz que tiembla en la noche  
sobre el perfil quebrado de los árboles.

A veces me da por cerrarme al mundo  
y adentrarme en el claroscuro  
que me ha rodeado como un anillo  
desde que fui consciente  
de caminar desnudo  
por el desierto blanco.  
No sé dónde habré puesto  
la clara contraseña  
que da acceso al misterio.  
Se supone que allí  
me esperan los Campos Elíseos,  
que debe ser un lugar donde el cielo  
tiene color de labio  
y el aire te deja en la cara  
el tacto de la mejilla de un niño.  
Lo tengo todo bien pensado:  
le entregaré a Caronte la moneda  
que guardo bajo la lengua,  
eso sí, con mucha prosopopeya,  
como si estuviera inaugurando  
un ministerio o un pantano,  
me sentaré en la proa  
y haré la travesía  
serio como una esfinge,  
para dar buena imagen a los muertos.  
Cuando llegue a la orilla,  
apoyaré la barbilla en la mano  
y miraré desde el otro costado  
cómo tejen los vivos  
la inconsistencia sutil de sus vidas.  
Espero que esté Dante  
para darme la bienvenida,  
y también Virgilio, o en su defecto,  
Janis Joplin, Parménides, Ulises  
aunque me conformo con alguien  
que cuando estaba vivo  
ya fue espíritu puro,  
o al menos no completamente idiota.  
Tampoco pasa nada si resulta  
que allí no queda nadie,  
si en la muerte sólo habita el olvido.  
Ya estoy acostumbrado  
a atravesar en soledad  
las sombras de la vida.

Cuando dos cuerpos se aman  
y aspiran a fundirse  
en una sola boca,  
cuando les crecen algas a las manos  
y las caricias se devoran,  
las nubes que antes no se desviaban  
entran ahora por la ventana  
y arrastran tras de sí  
una lluvia de estrellas  
y un pedazo de luz que inunda el cuarto  
con pasos cautelosos de poeta.  
Bosteza a los pies de la aurora  
una madrugada que se abre  
a los manzanos en flor y a los besos  
mientras el alba observa  
cómo el sol acaricia  
la piel adormecida de los vientres.  
Cuando dos cuerpos se aman  
la muerte también hiere  
con su diente azulado  
al nuevo ser de dos espaldas  
y un único deseo.

Los pensamientos crecen  
en la parte más delgada del hueso.  
Luego abren las alas y cruzan  
los caminos invisibles del cielo  
como aves que ascienden desde el averno  
hasta el borde del precipicio  
y descienden otra vez al infierno  
en un vuelo incesante  
que es ciclo ineluctable  
y clamor infinito.  
El aire se desprende de la tierra  
y asciende en amplios círculos  
para contemplar con cuidado  
cómo allá abajo se abrazan los ríos,  
cómo se enredan las raíces  
en la cavidad de mi pecho,  
de qué forma me habita  
la oscuridad del barro  
cuando tiendo la espalda  
sobre la hierba húmeda de rocío.



El tiempo y la imaginación  
son enemigos declarados.  
Si quieres comprobarlo  
siéntate frente a la hoguera en invierno  
y evoca el rostro siempre joven  
de tu primer amor,  
si es que todavía lo guardas  
en los pliegues de la camisa,  
mira el prado y la viña que descienden  
hacia el mar verde de los sueños,  
escucha cómo aprieta  
la luz entre sus dedos  
el niño que persigue  
la sombra transparente de sus manos  
en el estanque de los peces.  
Remonta el vuelo y recorre  
el perfil del acantilado,  
por la zona donde anida el deseo.  
Pósate de nuevo en la tierra,  
coge papel y lápiz  
y deja que vaya fluyendo  
desde el interior de tu reino,  
lo que has vivido, lo que has inventado,  
lo que ha sido real  
y lo que has imaginado que lo era:  
mézclalo todo, déjalo que repose,  
mírate en el espejo  
y comprueba si verdaderamente  
ese eres tú, pero fuera del tiempo.

*Juan José Cabedo Torres*